

La filosofía en las Escuelas Normales *

Por *CONSTANTINO LASCARIS COMNENO*
Profesor de Filosofía de la Universidad
de San José de Costa Rica

La Filosofía, como toda disciplina intelectual, tiene sus exigencias propias y demanda un trato riguroso. Pero, además, y en ello radica su peculiaridad entre las demás disciplinas intelectuales, impone una «forma de vida», ya que el saber filosófico condiciona la conducta. La Filosofía como concepción del mundo y de la vida arranca de la esencial problematización del mundo y del hombre y de la imperativa necesidad de que cada uno, según su medida y su sinceridad, asuma a conciencia la reflexión sobre su modo de ser y, mediante esta reflexión, construya su vida. Es el viejo problema, tan viejo como la Filosofía misma, de que sólo se aprende Filosofía filosofando, so pena de esclerotizar la razón humana. Y sólo se puede filosofar desde la situación concreta de cada hombre.

Y, sin embargo, a la Filosofía se le exige el desenvolverse en forma de «asignatura» en los planes de estudio.

Una «asignatura» es una concretización de una disciplina, sujeta a un nivel de enseñanza, y a la cual, aparte de sus fines propios, se le imponen otros. En el caso de la Filosofía en la Enseñanza secundaria, se le impone el de servir de adiestramiento intelectual, de madurar el rigor lógico, de servir de medio de conexión de los saberes aprendidos por enfoques parciales en otras asignaturas, etc. En casos de corrupción, por desgracia muy frecuentes, se utiliza la Filosofía como medio de inculcar en los adolescentes unas respuestas determinadas antes de que se planteen los problemas auténticos.

El ataque de Platón contra los sofistas fué porque éstos no dialogaban, sino que monologaban, hacían largos discursos; es decir, largas exposiciones del saber. Y, sin embargo, el mismo Platón terminó dejando de dialogar para pasar a exponer «dogmáticamente» su saber. Es el contraste entre el Sócrates de la leyenda y el Pla-

tón profesor de la Academia. Un profesor de Filosofía pretende, en principio, filosofar y llevar a sus alumnos a filosofar; en la realidad, ante la masa de sus alumnos, sentados ante él por obligación y llenos de toda la picaresca de la adolescencia, termina por darse por satisfecho con lograr ejercitarlos en una gimnasia intelectual, con la esperanza de haber dejado en algunos una huella estimulante o despertadora. Y esto suponiendo que no se haya vendido a un dogmatismo doctrinal o político.

¿Y en una Escuela Normal, qué papel deberá jugar la Filosofía? Porque nadie discute de hecho que en una Escuela Normal haya Filosofía. Lo que sí se discute es qué Filosofía y cómo se la imparta.

De las condiciones mismas exigidas por la Filosofía sólo reiteraré su carácter antidogmático. Quien no esté de acuerdo, que me desautorice ya desde este punto. En mi opinión, el dogmatismo en Filosofía es la muerte del filosofar y, por consiguiente, la reducción del hombre al servilismo de la obediencia extra-racional.

Por parte de las Escuelas Normales vendrán dados a la enseñanza de la Filosofía unos fines peculiares, deducidos de la estructura misma de lo que pretende ser una Escuela Normal.

A pesar de su nombre, una Escuela Normal no es precisamente una escuela «normal», pues lo normal es que una escuela consista en unos que aprenden un hacer o un saber y otros que enseñan ese saber o cómo se realiza ese hacer. Pero la Escuela Normal se distingue de todas las demás escuelas en que no enseña ni un hacer ni un saber, sino a enseñar. De parecerse a algo, sería a las Escuelas de Bellas Artes y Conservatorios de Música, pues el enseñar es un «arte». También una Escuela de Medicina ofrece la misma peculiaridad, aunque en mucho menor grado. Y voy a explicarme.

Como inciso, deseo señalar que todo lo que refiero se aplica por igual a las Escuelas Normales y a las Escuelas de Educación, es decir, a toda institución que prepara maestros de escuela primaria. Que se exija a los alumnos el Bachillerato completo o solamente el Bachillerato elemental no implica diferencias de nivel ni de

(*) *REVISTA DE EDUCACION agradece a la Dirección del Proyecto Principal de Educación de la Unesco para la América latina su autorización para publicar en estas páginas el trabajo de nuestro colaborador Constantino Láscaris Comneno, hoy catedrático de Filosofía en la Universidad costarricense.*

preparación, sino que es solamente, hablando en general, consecuencia de la calidad de los Bachilleratos. Cuando el Bachillerato es serio y exigente se suele exigir nada más el elemental; cuando aquél es blando y primarizado, se pide todo completo. Tampoco he encontrado diferencias importantes ni de nivel ni de calidad porque estas escuelas se encuentren dentro o fuera de las Universidades.

La explicación pendiente es la siguiente: el profesor de la Normal enseña a enseñar a niños sin enseñar él a niños. En general, los alumnos de una Normal son adolescentes y jóvenes, cuya edad suele rondar entre los quince y los veintidós años, según tipos de escuelas. Y cuando estos alumnos acaban y pasan a ejercer la profesión, normalmente no enseñan a adolescentes ni a jóvenes, sino a niños, de edad oscilante entre los siete y los doce o trece años, en general. En la escuela, o durante unos días, han hecho «prácticas», pero esto no altera la situación, pues, además, estas prácticas suelen ser al finalizar la escuela.

Así, pues, una Escuela Normal es una institución docente que tiene por objetivo preparar maestros de escuela. Y en la cual, por principio, los profesores no dan clases para niños, sino para adolescentes y jóvenes. Es decir, se da el supuesto tácito de que se puede aprender ese enseñar concreto, y que después vendrá practicarlo (todo el mundo sabe que el verdadero entrenamiento práctico del nuevo maestro son sus dos primeros años de ejercicio profesional, por lo demás, como en todo).

Una primera consecuencia a señalar es que el maestro, en su escuela, no va a enseñar Filosofía a los niños, y, sin embargo, a él le han hecho estudiar Filosofía. No todo lo que aprende el futuro maestro es para que lo enseñe como tal. ¿Cuál es, entonces, el motivo de hacerle estudiar lo que no va a enseñar?

He visto señalar con frecuencia una razón: para que tenga conocimiento básico de los objetivos de su labor profesional. O sea, para que «eduque» a los niños a sabiendas de para qué y por qué los educa. Y esto supone tener ideas claras de qué es la sociedad, el hombre, la cultura y los ideales políticos de la colectividad.

En general, para lograr estas ideas claras, la escuela, en toda ocasión, a través de las distintas materias y sobre todo en los actos oficiales y culturales colectivos, reitera una serie de estereotipos. Por ejemplo, el de la educación para la democracia, o el de la sociabilidad, o el de la conciencia cívica, o el de la conciencia cristiana, etcétera, o todos ellos juntos. Además, se estudian los «fundamentos filosóficos» o «doctrinales» de la legislación nacional sobre Educación, dentro de alguna de las materias del plan de estudios. Y, además, se estudia Filosofía o Filosofía de la Educación.

En este punto ya nos encontramos con dos tendencias dispares: estudiar Filosofía haciendo

especial consideración de la Educación, o establecer directamente Filosofía de la Educación. Por lo que he visto, esta segunda actitud suele ser la habitual en los países pragmatistas, y la primera en los países racionalistas. Creo que no necesito dar nombres.

En principio, ambas tendencias se justifican y ambas pueden ser eficaces. Las posibles desviaciones les son comunes y los presuntos éxitos igualmente asequibles.

Establecer Filosofía general tiene una justificación básica indiscutible: es el único medio de proporcionar esas ideas claras ya aludidas, con la suficiente integralidad. Encuentra en la práctica dos obstáculos muy fuertes: 1.º El tiempo, pues una Escuela Normal suele encontrarse muy recargada de materias, sobre todo por la obsesión por hacer planes de poca duración (dos o tres años solamente de estudios), por la urgencia de maestros en nuestra época, y la Filosofía, por elemental que se la enseñe, requiere tiempo. 2.º La actitud general de los alumnos, reacia. Pero sobre este segundo punto tendré que volver más adelante.

Una Filosofía de la Educación puede entenderse de dos maneras, una correcta doctrinalmente, y otra incorrecta. Esta segunda, muy extendida, es la de entender que debe abarcar nociones de todo lo que interesa a un futuro maestro; y así se ven programas en los que, bajo la etiqueta de Filosofía de la Educación, se incluye desde la evolución biológica o las nociones de la democracia a la moral profesional o los derechos profesionales y sindicales. La primera es, evidentemente, el estudio filosófico del hecho educativo como tal.

Ventajas: el poco tiempo necesario. Cuando más, un curso, y muy en general un semestre. Y en algunos países, un semestre de un par de horas semanales; y en algunos, estas «horas» son de cuarenta e incluso de treinta y cinco minutos.

Inconvenientes: la maduración de una Filosofía de la Educación sin base general filosófica tiende a caer en el dogmatismo, y en todo caso, queda a un nivel muy elemental.

En mi opinión, se le dé el nombre que se quiera, la única justificación de la Filosofía en las Escuelas Normales es la de servir de *revulsivo*. Y me explicaré, pues bien sé que la palabra no tiene nada de elegante.

El niño es dogmático. Eso de la edad del uso de la razón a los siete años es correcto, pero hay que explicarse sobre qué razón es esa. En el periodo de los siete a los doce años, el niño (no todos) pasa de pensar con los ojos a pensar con la inteligencia. Precisamente la labor del maestro es «engañarle» para hacerle llegar a pensar con la inteligencia. Veámoslo con un caso concreto.

Se le quiere enseñar al niño que uno más uno es igual a dos. El niño no sabe ni entiende qué es eso de uno ni eso de dos. Entonces, con gran paciencia, el maestro le «mete» los números por los ojos, enseñándole cosas. Por ejemplo, le ense-

ña una manzana y le dice: —esto es *una* manzana. Y luego le enseña otra y le dice: —y esto también es *una* manzana. Y luego pone las dos juntas y le dice: —y esto ahora son *dos* manzanas. A fuerza de ejercicio y de variar los ejemplos, llegará un día en que ese niño sea capaz de sumar uno y uno, *prescindiendo* de manzanas o lápices. El «engaño» ha estado en partir de aceptar la identificación del número con la cosa (actitud infantil) para poder llegar a la abstracción del número respecto de la cosa. Y este engaño es no sólo conveniente, sino necesario, pero como etapa a superar. Espontáneamente, el niño, en otro ejemplo, es geocentrista, y el maestro le enseña «dogmáticamente» que eso, por más que así lo vea con sus propios ojos, es falso, y que es el sol el que se mueve. Y por mucho arrojito que tenga ese maestro, no se le ocurrirá enseñarle al niño que es «relativo» eso de que se mueva el sol o la tierra y que depende convencionalmente del punto que se quiera o que en el caso convenga suponer como fijo.

El ejemplo típico lo encuentro en el tan generalizado método de enseñar a escribir el número dos partiendo de un cisne estilizado, al cual se le van quitando líneas hasta quedar el dos *desnudo*. Ese extraer un dos arrebujado en un cisne es caso típico del partir de los ojos para llegar a pensar sin los ojos.

¿Y qué tiene que ver todo esto con la Filosofía? Pues, aparte de que todó tiene que ver con la Filosofía, esto en concreto es lo que justifica y pone de relieve el papel insustituible de la Filosofía en las Escuelas Normales, pues es el único medio de evitar o al menos paliar el mayor peligro que corre el maestro. El peligro de que, por reiteración del hábito, termine en el dogmatismo de sus discípulos: de que, a fuerza de poner ejemplos que entren por los ojos, termine quedándose en los ejemplos.

Este peligro es muy real y lo he visto, con distintos nombres, señalado con gran frecuencia. Por señalar por contraste: mientras que un profesor universitario es problematizador y suele prescindir de los ejemplos sensibles, un maestro está atado a utilizar éstos incesantemente como punto de partida. Y así como el peligro del profesor universitario es el de deshumanizarse, el del maestro es el humanizarse demasiado. Un profesor universitario de matemáticas habla de entes que son inimaginables, como las n dimensiones de un espacio de n dimensiones; un maestro sólo habla de tres, y siempre que hable de tres dimensiones señalará un ángulo de la habitación. Un profesor universitario se puede permitir el lujo de decir delante de sus alumnos que hay muchas cosas que no sabe, pues sus alumnos ya saben que ningún especialista lo sabe todo ni en su especialidad. Pero un maestro tiene que ganarse el respeto de sus alumnos haciendo ver que *sabe*. Sócrates fué maestro de jóvenes y no de niños. Nunca he podido aplicar el método mayéutico con niños de menos de doce años, y, en realidad, para

que fuera verdadera mayéutica debían tener los catorce, en general.

Una clase de Filosofía en una Escuela Normal tiene qué ser el revulsivo contra ese peligro de dogmatismo: ahincar bien hondo en el futuro maestro que los ejemplos no pueden nunca sustituir el pensamiento; que el uno y el dos no están en las manzanas o en los lápices; que el ser maestro es la más peligrosa misión, pues es la única que exige de manera constante el entregarse a los sentidos para llegar a superar los sentidos. Bajarse hasta el niño emocionalmente es cosa fácil y, en general, agradable. Bajarse hasta el niño intelectualmente y subir uno remontándolo a él hasta la inteligencia, es penoso, arduo y compromete el ser íntimo del individuo. Por eso, el ser maestro imprime carácter. Y aunque ya sea banal decirlo, ese carácter es sagrado por heroico.

¿Y cómo educar al futuro maestro para que no calga en el dogmatismo? Ya he dicho y escrito muchas veces que soy escéptico integral de los programas. Por lo mismo, repetiré ahora que no creo que haya un «programa» que resuelva este nudo gordiano. Es más, creo que todos los programas pueden servir; más aún, creo que no hace falta, en el fondo, programa alguno. Tanto se puede lograr haciendo todo el curso comentario de una obra importante (un clásico, como Platón o Aristóteles o San Agustín o Santo Tomás o Kant), ya sea de un texto específico de Filosofía de la Educación (como algunos de los escritos de los citados) o de un texto de carácter más amplio, o bien desarrollando una temática, como podría ser la de un curso de Ontología de la Educación o de Antropología Filosófica. O bien, y esto acaso sea, central o marginalmente, indispensable, maneja con intensidad una Antología de historia del pensamiento filosófico sobre la educación. Esto último ofrece una venfaja: la de familiarizar al futuro maestro con los nombres fundamentales de la historia de la educación. Y cuando digo nombres me refiero a actitudes.

Pero dejé antes pendiente el tema de la actitud de los alumnos de Escuela Normal, y es hora de situarlo, pues viene conexo con el que ahora se delinea, el del profesor.

La actitud de la mitad (por decir algo) de los alumnos es de inercia y de procurar aprobar con el mínimo de esfuerzo. Y si cumplen algo, el profesor los dejará pasar aprobados, pues faltan maestros en cantidades ingentes en todos los países; a lo más guardará la esperanza de que alguna huella les habrá quedado. La otra mitad será también inerte si el profesor es inerte, o será vitalmente despierta si el profesor «vive» lo que dice. Con palabras altisonantes: si el profesor es filósofo, si siente la comezón irrequieta de los problemas acuciantes, si palpita esa distensión problemática de la enseñanza, si siente con agobio que la comunicación entre los hombres cuesta y nunca es plena, si es maestro de pensamiento y de palabra, entonces habrá un porcen-

taje alto de alumnos en los que el pensamiento vibrará y se despertará y madurará la pasión de la razón. Bien sé qué todo esto que acabo de escribir no sirve para nada a la hora de planear un programa de preparación de maestros a escala nacional. Que entonces lo que hay que hacer es planes y programas y echar a andar escuelas multitudinarias; y, lo que es más arduo, encontrar gentes que acepten explicar Filosofía en esas escuelas, presentando algún título que garantice que han estudiado Filosofía, y que acepten un sueldo bajo, cuando no se da el caso de que les paguen por horas... Muy grande tiene que ser la Filosofía y muy serios los problemas que plantea, cuando todavía no hemos logrado desacreditarla con clases estereotipadas y sin alma, con verbosidad vacua y con los dogmatismos de la Filosofía misma, que son los más pecadores de todos.

Quiero referirme todavía a una serie de puntos concretos.

El primero, el de la relación de la Filosofía de la Educación con la Historia de la Educación. Esta ofrece dos vertientes: la historia del pensamiento filosófico vertido sobre la educación y la historia de las instituciones. La primera es simplemente un capítulo de la Historia de la Filosofía. La segunda, básicamente, es historia de las instituciones públicas. Pero es de tener en cuenta que en una Escuela Normal, si lo que se busca es la formación inflectual del futuro maestro, lo básico son las ideas que han animado la educación y han inspirado los esfuerzos institucionales. Solamente un profesor de Filosofía, que sea filósofo y que domine la historia de la Filosofía, está en condiciones de presentar y hacer vivir la historia de la educación, la cual no se divide en dos épocas, como desgraciadamente he tenido que oír, una época en que se pegaba a los niños y la actual en que no se les pega. Porque esto es falso, tanto porque hoy a la mitad de los niños del mundo todavía no sólo se les pega, sino que se les deja pasar hambre, sino porque cuando en las «buenas» escuelas se les pegaba, había buenas escuelas. La historia de la educación es el complemento perfecto de la clase de Filosofía para hacer ver la ruta, penosa y laboriosamente subida por la humanidad, para hacerse mejor a través de los niños.

Otro punto es el de los *tests*. Después de que el ilustre Sorokin ha hablado, no tendrá ninguna novedad que lo haga yo. Pero quiero referirme nada más a los *tests* como medio de «examinar» de Filosofía, lo cual, desgraciadamente y sin explicación racional alguna, es nada menos que obligatorio en unos cuantos países. Examinar de Filosofía por preguntas de sí y no, o de «respuesta múltiple», o métodos semejantes, es tomar el rábano por las hojas. Con todos los respetos a los *tests*, que considero muy útiles en las investigaciones psicológicas y sociológicas, hay que repetir, con reiteración machacona, que en Filosofía no sirven. El examinando tiene que *expresarse* y el examinador tiene que *medir* lo expresado por

el examinando. Ese expresarse podrá ser de palabra o por escrito, y si es por escrito, podrá consistir en desarrollar un tema o en comentar un texto. En cualquiera de los tres casos, el examinando ha de mostrar, hilvanando frases, que piensa y que piensa con rigor, y que su pensamiento es un enfoque acertado de los hechos. Y el examinador deberá asumir la grave responsabilidad de ser juez y de dar la calificación que, con arreglo a su buen saber y entender, en conciencia considere justa. Y si es hombre prudente (y si no lo es, no debe estar en la enseñanza) madurará su criterio con la experiencia propia y con la ajena y con la consideración de las circunstancias (se entiende, claro es, de los honorables) que condicionan el examen.

Mi opinión sincera es que el único motivo de haberse extendido el uso de esos cuestionarios en Filosofía en algunas zonas fué el de la desconfianza hacia el profesorado. Pues en este caso no sirve el que sí es fundado en otros casos, el de la rapidez de la calificación cuando los examinandos son por millares... Lo malo es que cuando no se hace confianza al profesorado, el profesorado se demerita.

Quiero también referirme a las obras de texto. En principio debe afirmarse taxativamente que éstas son insustituibles. Una de las mayores corruptelas en muchos países es la de la supresión de los libros de texto y su sustitución por «apuntes» dados por el profesor o dictados en clase. Ciertamente que algunas veces conviene hacer esto, pero si es de manera sistemática, es una de las corruptelas más graves. El estudiante se encuentra con pequeños párrafos mal tejidos y peor desarrollados, mal presentados. Con la gigantesca cantidad de obras magníficamente bien escritas, desarrolladas y editadas que hay, no tiene perdón el no utilizarlas. Y si el profesor hace una bien hecha, que tenga el valor de publicarla. Como media, un futuro maestro debe, en mi opinión, conocer bien una obra de conjunto, una antología del pensamiento filosófico, sobre la educación (preferentemente en forma cronológica) y un par de obras clásicas (que pueden ser, ciertamente, clásicas y del siglo xx) de pensadores que hayan reflexionado sobre el hecho educativo. No sobraré repetir que «un» solo libro en Filosofía suele ser perjudicial. Y para acabar con este punto, al estudiante carente de medios se le deben procurar esos libros, para que los use, los maneje y los guarde para toda su vida. Y el que no carezca de recursos, debe comprarlos inexorablemente.

En nuestro siglo se está dando la gran revolución de que por primera vez se están tomando a todos los hombres como personas, y no ya sólo en teoría, sino de hecho. Pero para acabar de realizar como realidad esta concepción del hombre, es necesario que cada individuo se comporte como persona, lo cual ha estado siempre reservado a pequeñas, por no decir exiguas, minorías. Este comportamiento es el que auténticamente actua-

liza los derechos potencialmente reconocidos por la sociedad. Y ahí radica la trascendencia de que, a través de los maestros, las Escuelas Normales y Escuelas de Educación, al moldear las inteligencias prematuras, acierten a inculcar la conciencia de autorresponsabilidad y de dignidad, propia y del prójimo. La Filosofía, vista en esta perspectiva, no puede constituir una logomaquia, como en sus épocas de crisis de esclerosis, sino que, respondiendo al renuevo de la Ontología de nuestro

tiempo, debe contribuir a la maduración de esa nueva sociedad del mañana. Y básicamente debe reconocer unos pocos dogmas, el dogma del valor del hombre que se comporta como persona, el dogma de la convivencia, el dogma de la fecundidad del trabajo y el dogma del respeto a la razón. Y debe repudiar violentamente los dogmas que no son fruto reelaborado por cada hombre responsable. Si la escuela es educación, la más honda educación se logra por el pensamiento.